

Después de indicar secamente el asunto y la moralidad de dos fábulas para demostración de su insulsez, pasa nuestro crítico á cotejar la de *El Volatin y su Maestro* con la imitación de Florian; él se vale para este cotejo de la traducción francesa, la cual es miserable; mas nosotros, para proceder con consecuencia, pondremos aquí el texto original de los dos poetas:

IRIARTE.

Mientras de un Volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: «Vea usted, señor Maestro,
» Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo ó contrapeso;
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
» ¿Á qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
¿Por ejemplo, este paso, esta postura
No la haré yo mejor sin el zoquete?
» Tenga usted cuenta... no es difícil... nada...»
Así decía, y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde... ¡Adios! ¿Qué es eso?
¿Qué ha de ser? una buena costalada.
» ¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto jóven! (el Maestro dijo);
¿Huyes del arte y método? Pues, hijo,
No ha de ser éste el último porrazo.»

«¡Qué sequedad en IRIARTE! exclama Mr. O..... ¡Qué gracia, al contrario, y qué facilidad en Florian! ¡Cuán poética es su descripción de los movimientos del danzarín en la maroma! ¿Quién no estaría más satisfecho de imitar como el uno que de inventar como el otro?» Y nosotros diremos, á nuestra vez: ¡Qué preocupación, qué poco tino y qué poca justicia en este modo de juzgar! No hay duda en que los movimientos del danzarín están pintados por Florian con gracia y con viveza, *sed nunc non erat his locus*; ¿qué añadiría Florian á su primera pintura si tratase de hacer la descripción del maestro cuando así se entretiene con la del aprendiz? IRIARTE, cuyo objeto era manifestar la ignorancia y la impertinencia de éste, se detiene más en sus preguntas que en sus saltos; la disposición y córtés de sus expresiones manifiestan la acción y los movimientos, y el desenlace pronto y repentino tiene así más vivacidad y más gracia. Pero esto no importa, y á pesar de la felicidad de la ocurrencia, de la oportunidad en la aplicación, y del mérito de la conveniencia, IRIARTE es irremisiblemente condenado en el tribunal del diarista, porque la imitación de Florian es superior á la traducción insulsa de la fábula que cita.

¿Ignora acaso Mr. O..... que nada hay más propio que una traducción mal hecha, para hacer parecer insípidas estas composiciones tenues, cuyo mérito consiste más en la gracia del estilo y belleza de los pormenores que en la sustancia y fondo de las cosas? Cuando, en tiempo de Luis XIV, Perrault atacó á Pindaro y á Homero, todos los buenos críticos se indignaron de que, no entendiéndolos, los juzgase por traducciones en que estaban desfigurados. Esto es lo que ha hecho ahora Mr. O..... con nuestro escritor; y si bien IRIARTE no es acreedor á la misma veneración que aquellos grandes modelos, tiene derecho, por lo ménos, á la misma justicia.

FLORIAN.

Sur la corde tendue un jeune Voltigeur
Apprenait à danser, et déjà son adresse,
Ses tours de force, sa souplesse,
Faisaient venir maint spectateur.
Sur son étroit chemin on le voit qui s'avance,
Le balancier en main, l'air libre, le corps droit,
Hardi, léger autant qu'adroit;
Il s'élève, descend, va, vient, plus haut s'élance,
Remonte, retombe en cadence;
Et semblable à certains oiseaux,
Qui rasent, en volant, la surface des eaux,
Son pied touche, sans qu'on le voie,
À la corde qui plie et dans l'air le renvoie.
Notre jeune danseur, tout fier de son talent,
Dit un jour: «À quoi bon ce balancier pesant,
Qui me fatigue et m'embarrasse?
Si je dansais sans lui, j'aurais bien plus de grâce,
De force et de légèreté.»
Aussitôt dit que fait. Le balancier jeté,
Notre étourdi chancelle, étend le bras, et tombe;
Il se cassa le nez, et tout le monde en rit.

Jeunes gens, jeunes gens, ne vous a-t-on pas dit
Que sans règle et sans frein tôt ou tard on succombe?
La vertu, la raison, les lois, l'autorité
Dans vos desirs fougueux vous causent quelque peine:
C'est le balancier qui vous gêne,
Mais qui fait votre sûreté.

«¡Qué sequedad en IRIARTE! exclama Mr. O..... ¡Qué gracia, al contrario, y qué facilidad en Florian! ¡Cuán poética es su descripción de los movimientos del danzarín en la maroma! ¿Quién no estaría más satisfecho de imitar como el uno que de inventar como el otro?» Y nosotros diremos, á nuestra vez: ¡Qué preocupación, qué poco tino y qué poca justicia en este modo de juzgar! No hay duda en que los movimientos del danzarín están pintados por Florian con gracia y con viveza, *sed nunc non erat his locus*; ¿qué añadiría Florian á su primera pintura si tratase de hacer la descripción del maestro cuando así se entretiene con la del aprendiz? IRIARTE, cuyo objeto era manifestar la ignorancia y la impertinencia de éste, se detiene más en sus preguntas que en sus saltos; la disposición y córtés de sus expresiones manifiestan la acción y los movimientos, y el desenlace pronto y repentino tiene así más vivacidad y más gracia. Pero esto no importa, y á pesar de la felicidad de la ocurrencia, de la oportunidad en la aplicación, y del mérito de la conveniencia, IRIARTE es irremisiblemente condenado en el tribunal del diarista, porque la imitación de Florian es superior á la traducción insulsa de la fábula que cita.

¿Ignora acaso Mr. O..... que nada hay más propio que una traducción mal hecha, para hacer parecer insípidas estas composiciones tenues, cuyo mérito consiste más en la gracia del estilo y belleza de los pormenores que en la sustancia y fondo de las cosas? Cuando, en tiempo de Luis XIV, Perrault atacó á Pindaro y á Homero, todos los buenos críticos se indignaron de que, no entendiéndolos, los juzgase por traducciones en que estaban desfigurados. Esto es lo que ha hecho ahora Mr. O..... con nuestro escritor; y si bien IRIARTE no es acreedor á la misma veneración que aquellos grandes modelos, tiene derecho, por lo ménos, á la misma justicia.

POESÍAS.

FÁBULAS LITERARIAS.

PRÓLOGO.

FÁBULA PRIMERA.

EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES.

(Ningun particular debe ofenderse de lo que se dice en comun.)

Allá, en tiempo de entónces,
Y en tierras muy remotas,
Quando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza,
Notó el sabio Elefante
Que entre ellos era moda
Incurrir en abusos
Dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere,
Y á este fin los convoca.
Hace una reverencia
Á todos con la trompa,
Y empieza á persuadirlos
En una arenga docta,
Que para aquel intento
Estudió de memoria.
Abominando estuvo
Por más de un cuarto de hora
Mil ridiculas faltas,
Mil costumbres viciosas:
La nociva pereza,
La afectada bambolla,
La arrogante ignorancia,
La envidia maliciosa.
Gustosos en extremo,
Y abriendo tanta boca,
Sus consejos oían
Muchos de aquella tropa:
El Cordero inocente,
La siempre fiel Paloma,
El leal Perdiguero,
La Abeja artificiosa,
El Caballo obediente,
La Hormiga afanadora,
El hábil Jilguerrillo,
La simple Mariposa.
Pero del auditorio
Otra porcion no corta,
Ofendida, no pudo
Sufrir tanta parola.
El Tigre, el rapaz Lobo
Contra el censor se enojan.
¡Qué de injurias vomitan
La Sierpe venenosa!
Murmuran por lo bajo,
Zumbando en voces roncas,
El Zángano, la Avispa,
El Tabano y la Mosca.
Sálense del concurso,
Por no escuchar sus glorias,
El Cigarrón dañino,
La Oruga y la Langosta.
La Garduña se encoge,
Disimula la Zorra,
Y el insolente Mono
Hace de todo mofa.
Estaba el Elefante
Viéndolo con pachorra,
Y su razonamiento
Concluyó en esta forma:
«A todos y á ninguno

Mis advertencias tocan:
Quien las siente, se culpa;
El que no, que las oiga.»
Quien mis fábulas lea,
Sepa tambien que todas
Hablan á mil naciones,
No sólo á la española.
Ni de estos tiempos hablan,
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

FÁBULA II.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

(Se ha de considerar la calidad de la obra, y no el tiempo que se ha tardado en hacerla.)

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña, que teja á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo:
«¡Qué dice de mi tela el seor gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada á mediodía.
Mire qué sutil es, mire qué bella...»
El Gusano con sorna respondia:
«Usted tiene razon: así sale ella!»

FÁBULA III.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

(Nunca una obra se acredita tanto de mala como cuando la aplauden los necios.)

Un Oso con que la vida
Ganaba un piemontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
Queriendo hacer de persona,
Dijo á una Mona: «¡Qué tall!»
Era perita la Mona,
Y respondióle: «Muy mal,—
» Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor.
¿Pues qué! ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?»
Estaba el Cerdo presente,
Y dijo: «Bravo, ¡bien va!
Bailarin más excelente
No se ha visto ni verá.»
Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto,
Hubo de exclamar así:
«Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué á dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.»
Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, ¡malo!
Si el necio aplaude, ¡peor!

FÁBULA IV.

LA ABEJA Y LOS ZÁNGANOS.

(Fácilmente se luce con citar y elogiar á los hombres grandes de la antigüedad; el mérito está en imitarlos.)

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los zánganos un día.
Cada cual varios medios discutía
Para disimular su inútil ocio;
Y por librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien ó mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir á una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa;
Hacerla, con la pompa más honrosa,
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanca cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por despique:
«No trabajáis más que eso? Pues, hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique.»
¡Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar á los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas preguntó yo ahora: ¿los imitan?

FÁBULA V.

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA.

(Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que llamar puristas á los que le hablan con propiedad, como si el serio fuera tacha.)

De Santo Domingo traje
Dos Loros una señora.
La isla en parte es francesa,
Y otra parte española.
Así, cada animalito
Hablaba distinto idioma.
Pusieronlos al balcón,
Y aquello era Babilonia.
De frances y castellano.
Hicieron tal pepitoria,
Que al cabo ya no sabían
Hablar ni una lengua ni otra.
El francés del español
Tomó voces, aunque pocas;
El español al francés
Casi se las tomó todas.
Manda el ama separarlos;
Y el francés luego reforma
Las palabras que aprendió
De lengua que no es de moda.
El español, al contrario,
No olvida la jergonza,
Y aun discurre que con ella
Ilustra su lengua propia.
Llegó á pedir en frances
Los garbanzos de la olla;
Y desde el balcón de enfrente
Una erudita Cotorra
La carcajada soltó,
Haciendo del Loro mofa.
El respondió solamente,
Como por tacha afrentosa:
Vos no sois que una PURISTA (1);
Y ella dijo: *A mucha honra,*
¡Vaya que los loros son
Lo mismo que las personas!

(1) Voz de que modernamente se valen los corruptores de nuestro idioma cuando pretenden ridiculizar á los que le hablan con pureza

FÁBULA VI.

EL MONO Y EL TITERETERO.

(Sin claridad no hay buena obra.)

El fidedigno padre Valdecebro,
Que en discurrir historias de animales
Se calentó el cerebro,
Pintándolos con pelos y señales;
Que en estilo enmbrado y elocuente
Del unicornio cuenta maravillas
Y el ave-fénix cree á pié-juntillas
(No tengo bien presente
Si es en el libro octavo ó en el nono),
Refiere el caso de un famoso Mono.
Este, pues, que era diestro
En mil habilidades, y servía
Á un gran titeretero, quiso un día,
Mientras estaba ausente su maestro,
Convidar diferentes animales
De aquellos más amigos,
A que fuesen testigos
De todas sus monadas principales.
Empezó por hacer la mortecina;
Después bailó en la cuerda á la arlequina,
Con el salto mortal y la campana,
Luego el despeñadero,
La espatarrada, vueltas de carnero,
Y al fin el ejercicio á la prusiana.
De éstas y de otras gracias hizo alarde,
Mas lo mejor faltaba todavía;
Pues imitando lo que su amo hacía,
Ofrecerles pensó, porque la tarde
Completa fuese y la función amena,
De la linterna mágica una escena.
Luego que la atención del auditorio
Con un preparatorio
Exordio concilió, según es uso,
Detras de aquella máquina se puso;
Y durante el manejo
De los vidrios pintados,
Fáciles de mover á todos lados,
Las diversas figuras
Iba explicando con locuaz despejo.
Estaba el cuarto á obscuras,
Cual se requiere en casos semejantes,
Y aunque los circunstantes
Observaban atentos,
Ninguno ver podía los portentos
Que con tanta parola y grave tono
Les anunciaba el ingenioso Mono.
Todos se confundían, sospechando
Que aquello era burlarse de la gente.
Estaba el Mono ya corrido, cuando
Entró mause Pedro de repente,
E informado del lance, entre severo
Y risueño le dijo: «¡Majadero!
¿De qué sirve tu charla sempiterna,
Si tienes apagada la linterna?»
Perdonadme, sutiles y altas Musas,
Las que haceis vanidad de ser confusas:
¿Os puedo yo decir con mejor modo
Que sin la claridad os falta todo?

FÁBULA VII.

LA CAMPANA Y EL ESQUILON.

(Con hablar poco y gravemente, logran muchos opinion de hombres grandes.)

En cierta catedral una Campana había,
Que sólo se tocaba algún solemne día.
Con el más recio són, con pausado compas,
Cuatro golpes, ó tres, solía dar no más.
Por esto, y ser mayor de la ordinaria marca,
Celebrada fué siempre en toda la comarca.
Tenía la ciudad en su jurisdicción
Una aldea infeliz de corta población,
Siendo su parroquial una pobre iglesia,
Con chico campanario, á modo de una ermita;
Y un rajado Esquilon, pendiente en medio de él,
Era allí quien hacía el principal papel.

FÁBULA X.

LA PARIETARIA Y EL TOMILLO.

(Nadie pretenda ser tenido por autor, sólo con poner un ligero prólogo ó algunas notas á libro ajeno.)

Yo lei, no sé dónde, que en la lengua herbolaria,
Saludando al Tomillo la hierba Parietaria,
Con socarronería le dijo de esta suerte:
«Dios te guarde, Tomillo: lástima me da verte;
Que aunque más oloroso que todas estas plantas,
Apénas medio palmo del suelo te levantas.»
El responde: «Querida, chico soy, pero crezco
Sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;
Pues por más que presumas, ni medio palmo puedes
Medrar si no te arrimas á una de esas paredes.»
Cuando veo yo algunos que de otros escritores
Á la sombra se arriman, y piensan ser autores
Con poner cuatro notas ó hacer un prologoillo,
Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

FÁBULA XI.

LOS DOS CONEJOS.

(No debemos detenernos en cuestiones frívolas, olvidando el asunto principal.)

Por entre unas matas,
Seguido de perros
(No diré corria),
Volaba un Conejo.
De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: «Tente,
Amigo; ¿qué es esto?»
«¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llego...
Dos picaros galgos
Me vienen siguiendo.
»— Si (replica el otro),
Por allí los veo...
Pero no son galgos.
— ¿Pues qué son? — Podencos.
«¿Qué? ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos,
Bien vistos los tengo.
»— Son podencos: vaya,
Que no entiendes de eso.
— Son galgos te digo.
— Digo que podencos.»
En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos Conejos.
Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

FÁBULA XII.

LOS HUEVOS.

(No falta quien quiera pasar por autor original, cuando no ha co más que repetir con corta diferencia lo que otros muchos han dicho.)

Más allá de las islas Filipinas
Hay una, que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cría, que ya el plato
Más comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos).
Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo el comerlos estréllados.
¡Oh qué elogios se oyeron á porfía
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados...

A fin de que imitase aqúeste campanario
Al de la catedral, dispuso el vecindario
Que despacio, y muy poco, el dichoso Esquilon
Se hubiese de tocar sólo en tal cual función.
Y pudo tanto aquello en la gente aldeana,
Que el Esquilon pasó por una gran campana.
Muy verosímil es, pues que la gravedad
Suple en muchos así por la capacidad.
Dignanse rara vez de despegar sus labios,
Y piensan que con esto imitan á los sabios.

FÁBULA VIII.

EL BURRO FLAUTISTA.

(Sin reglas del arte, el que en algo acierta, acierta por casualidad.)

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.
Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un Borrico
Por casualidad.
Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.
Acercóse á olerla
El dicho animal,
Y dió un resoplido
Por casualidad.
En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.
¡Oh! dijo el Borrico:
¡Qué bien sé tocar!
Y dirán que es mala
La música asnal!
Sin reglas del arte,
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

FÁBULA IX.

LA HORMIGA Y LA PULGA.

(Para no alabar las obras buenas, algunos las suponen de fácil ejecución.)

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo;
Pues cuando oyen ó ven cualquiera cosa,
Por más nueva que sea y primorosa,
Muy trivial y muy fácil la suponen,
Y á tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
No se me ha de escapar, por vida mia,
Sin que lleve su fábula corriente,
Aunque gaste en hacerla todo un día.
A la Pulga la Hormiga refería
Lo mucho que se afana,
Y con qué industrias el sustento gana,
De qué suerte fabrica el hormiguero,
Cuál es la habitación, cuál el granero,
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea;
Con otras menudencias muy curiosas,
Que pudieran pasar por fabulosas
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.
A todas sus razones
Contestaba la Pulga, no diciendo
Más que estas ú otras tales expresiones:
Pues ya... si... se supone... bien... lo entiendo...
Ya lo decía yo... sin duda... es claro...
Está visto: ¿tiene eso algo de raro?
La Hormiga, que salió de sus casillas
Al oír estas vanas respuestillas,
Dijo á la Pulga: «Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero.
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho,
Siquiera para muestra,
Ayúdenos en algo de provecho.»
La Pulga, dando un brinco muy ligera,
Respondió con grandísimo desuello:
«¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?
Todo es ponerse á ello...
Pero... tengo que hacer... Hasta otro día.»

Pensamiento feliz! Otro, rellenos...
Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno despues inventa la tortilla,
Y todos claman ya: «¡Qué maravilla!»
No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo: «Sois unos petates;
Yo los haré revueltos con tomates.»
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso,
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero á la *Hugoneta*.
Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.
Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un día: «Pesumis en vano
De esas composiciones peregrinas;
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»
¡Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Más allá de las islas Filipinas?

FÁBULA XIII.

EL PATO Y LA SERPIENTE.

(Más vale saber una cosa bien que muchas mal.)

Á orillas de un estanque,
Diciendo estaba un Pato:
«¡A qué animal dió el cielo
Los dones que me ha dado?
»Soy de agua, tierra y aire:
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelvo;
Si se me antoja, nado.»
Una Serpiente astuta,
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo,
Y le dijo: «¡Seo guapo!
»No hay que echar tantas plantas;
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo;
»Y así tenga sabido
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.»

FÁBULA XIV.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITA-SOL.

(Tambien suele ser nulidad el no saber más que una cosa; extremo opuesto del defecto reprimido en la fábula antecedente.)

Si querer entender de todo
Es ridícula presuncion,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.
Sobre una mesa, cierto día,
Dando estaba conversacion
A un Abanico y á un Manguito
Un Para-aguas ó Quita-sol;
Y en la lengua que en otro tiempo
Con la Olla el Caldero habló (1),
A sus dos compañeros dijo:
«¡Oh qué buenas alhajas sois!
Tú, Manguito, en invierno sirves;
En verano vas á un rincón;
Tú, Abanico, eres mueble inútil
Cuando el frío sigue al calor.
No sabeis salir de un oficio:
Aprended de mí, pese á vos,

(1) Alude á la fábula que escribe Esopo del Caldero y la Olla, disculpándose con este ejemplo la impropiedad en que parece se incurre haciendo hablar, no sólo á los animales, sino aun á las cosas inanimadas, como son el Manguito, el Abanico y el Quita-sol.

Que en el invierno soy Para-aguas,
Y en el verano Quita-sol.»

FÁBULA XV.

LA RANA Y EL RENACUAJO.

(¡Qué despreciable es la poesia de mucha hojarasca!)

En la orilla del Tajo
Hablaban con la Rana el Renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un gran cañaveral, y su verdura.
Mas luego que del viento
El impetu violento
Una caña abatió, que cayó al río,
En tono de leccion dijo la Rana:
«Vén á verla, hijo mio;
Por defuera muy tersa, muy lozana;
Por dentro toda fofa, toda vana.»
Si la Rana entendiera poesia,
Tambien de muchos versos lo diria.

FÁBULA XVI.

LA AVUTARDA.

(Muy ridiculo papel hacen los plagiaris que escriben contones.)

De sus hijos la torpe Avutarda
El pesado volar conocia,
Des-ando sacar una cria
Más ligera, aunque fuese bastarda.
A este fin muchos huevos robados,
De alcotan, de jilguero y paloma,
De perdiz y de tórtola, toma,
Y en su nido los guarda mezclados.
Largo tiempo se estuvo sobre ellos;
Y aunque huevos salieron bastantes,
Produjeron por fin los restantes
Varias castas de pájaros bellos.
La Avutarda mil aves convida
Por lucirlo con cria tan nueva;
Sus polluelos cada ave se lleva,
Y hété aqui la Avutarda lucida.
Los que andais empollando obras de otros,
Sacad, pues, á volar vuestra cria.
Ya dirá cada autor: «Esta es mia»;
Y veremos qué os queda á vosotros.

FÁBULA XVII.

EL JILGUERO Y EL CISNE.

(Nada sirve la fama, si no corresponden las obras.)

«Calla, tú, pajarillo vocinglero
(Dijo el Cisne al Jilguero):
¡A cantar me provocas, cuando sabes
Que de mi voz la dulce melodia
Nunca ha tenido igual entre las aves?»
El Jilguero sus trinos repetia,
Y el Cisne continuaba: «¡Qué insolencia!
¡Miren cómo me insulta el musiquillo!
Si con soltar mi canto no le humillo,
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.
»—¡Ojalá que cantarás!
(Le respondió por fin el pajarillo);
¡Cuánto no admirarías
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oído,
Aunque logran más fama que las mias!...»
Quiso el Cisne cantar, y dió un graznido.
¡Gran cosa! ganar crédito sin ciencia,
Y perderle en llegando á la experiencia.

FÁBULA XVIII.

EL CAMINANTE Y LA MULA DE ALQUILER.

(Los que empiezan elevando el estilo, se ven tal vez precisados á humillarle despues demasiado.)

Harta de paja y cebada
Una Mula de alquiler
Salía de la posada,

Y tanto empezó á correr,
Que apenas el caminante
La podia detener.
No dudo que en un instante
Su media jornada haria;
Pero algo más adelante
La falsa caballeria
Ya iba retardando el paso.
«¡Si lo hará de picardia!...»
«¡Arre!... ¡te paras!... Acaso
Metiendo la espuela... Nada.
Mucho me temo un fracaso.
»Esta vara, que es delgada...
Menos... Pues este aguijon...
Mas ¿si estará ya cansada?»
«Coces tira... y mordiscon:
Se vuelve contra el jinete...
¡Oh qué corcovo, qué envion!
Aunque las piernas apriete...
Ni por ésas... ¡Voto á quien!
Barrabas que la sujete...»
Por fin dió en tierra... ¡Muy bien!
¡Y eres tú la que corrias!...
¡Mal muermo te mate, amén!
No me fiaré en mis días
De mula que empiece haciendo
Semejantes valentias.
Despues de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,
Al punto digo: «¡Cuidado!
¡Tente, hombre! que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la mula de alquiler.»

FÁBULA XIX.

LA CABRA Y EL CABALLO.

(Hay malos escritores que se lisonjean fácilmente de lograr fama póstuma cuando no han podido merecerla en vida.)

Estábase una Cabra muy atenta
Largo rato escuchando
De un acorde violín el eco blando.
Los pies se la bailaban, de contenta,
Y á cierto Jaco, que tambien suspensio
Casi olvidaba el pienso,
Dirigió de esta suerte la palabra:
«No oyes de aquellas cuerdas la armonia?
Pues sabe que son tripas de una Cabra
Que fué en un tiempo compañera mia.
Confio (¡dicha grande!) que algun día
No ménos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos.»
Volvióse el buen Rocin y respondióla:
«A fe que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola,
Mi dolor me costó, pasé mi susto;
Pero, al fin, tengo el gusto
De ver que lucimiento
Debe á mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfacion igual esperas,
¡Cuándo la gozarás? Despues que mueras.»
Así, ni más ni ménos, porque en vida
No ha conseguido ver su obra aplaudida
Algún mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

FÁBULA XX.

LA ABEJA Y EL CUCULLILO.

(La variedad es requisito indispensable en las obras de gusto.)

Saliedo del colmenar,
Dijo al Cucullilo la Abeja:
«Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
»No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú;
Cucú, cucú, y más cucú,
Y siempre una misma cosa,

»—¡Te cansa mi canto igual?
(El Cucullilo respondió):
Pues á fe que no hallo yo
Variedad en tu panal.
»Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento,
En tí es viejísimo todo.»
A esto la Abeja replica:
«En obra de utilidad,
La falta de variedad
No es lo que más perjudica;
»Pero en obra destinada
Sólo al gusto y diversion,
Si no es vária la invencion,
Todo lo demas es nada.»

FÁBULA XXI.

EL RATON Y EL GATO.

(Algún que ha alabado una obra ignorando quién es su autor, suele vituperarla despues que lo sabe.)

Tuvo Esopo famosas ocurrencias,
¡Qué invencion tan sencilla! ¡qué sentencias!...
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en castellano.
«Cierto (dijo un Raton en su agujero),
No hay prenda más amable y estupenda
Que la fidelidad; por eso quiero
Tan de véras al perro perdiguero.»
Un Gato replicó: «Pues esa prenda
Yo la tengo tambien...» Aquí se asnta
Mi buen Raton, se esconde,
Y, torciendo el hocico, le responde:
«¡Cómo! ¿la tienes tú!... Ya no me gusta.»
La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece
Si ven que su contrario la merece.
¡Qué tal, señor lector! La fabulilla
Puede ser que le agrade, y que le instruya.
— Es una maravilla;
Dijo Esopo una cosa como suya.
— Pues mire usted: Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza.— ¡Con que es tuya!
— Si, señor erudito:
Ya que ántes tan feliz le parecia,
Crítiquemela ahora porque es mia.

FÁBULA XXII.

LA LECHUZA.

Y

FÁBULA XXIII.

LOS PERROS Y EL TRAPERO.

(Atraverse á los autores muertos, y no á los vivos, no sólo es cobardía, sino traicion.)

Cobardes son y traidores
Ciertos críticos, que esperan,
Para impugnar, á que mueran
Los infelices autores,
Porque vivos respondieran.
Un breve caso á este intento
Contaba una abuela mia.
Diz que un día en un convento
Entró una Lechuza... miento,
Que no debió ser un día;
Fue, sin duda, estando el sol
Ya muy lejos del ocaso...
Ella, en fin, encontró al paso
Una lámpara ó farol
(Que es lo mismo para el caso).
Y volviendo la trasera,
Exclamó de esta manera:
«Lámpara, ¡con qué deleite
Te chupára yo el aceite,
Si tu luz no me ofendiera!
»Mas ya que ahora no puedo,
Porque estás bien atizada,

Si otra vez te hallo apagada,
Sabré, perdiéndote el miedo,
Darme una buena panzada.»

Aunque renieguen de mí
Los críticos de que trato,
Para darles un mal rato,
En otra fábula aquí
Tengo de hacer su retrato.
Estando pues un Trapero
Revolviendo un basurero,
Ladrábanle (como suelen
Cuando á tales hombres huelen)
Dos parientes del Cerbero.
Y díjoles un lebrél:
«Dejad á ese perillan,
Que sabe quitar la piel
Cuando encuentra muerto un can,
Y cuando vivo, huye de él.»

FÁBULA XXIV.

EL PAPAGAYO, EL TORDO Y LA MARICA.

(Conviene estudiar los autores originales, y no los copiantes y malos traductores.)

Oyendo un Tordo hablar á un Papagayo,
Quiso que él, y no el hombre, le enseñara;
Y con solo un ensayo
Creyó tener pronunciación tan clara,
Que en ciertas ocasiones
A una Marica daba ya lecciones.
Así salió tan diestra la Marica
Como aquel que al estudio se dedica
Por copias y por malas traducciones.

FÁBULA XXV.

EL LOBO Y EL PASTOR.

(El libro que de suyo es malo, no deja de serlo porque tenga tal cual cosa buena.)

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor,
«Amigo (le dijo), yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tienesme por malo; no lo soy á fe.
»Mi piel, en invierno, ¡qué abrigo no da!
Achaques humanos cura más de mil;
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas ni otro insecto vil.
»Mis uñas no truceo por las del tejón,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
Y á cuántos con mi unto he dado salud.»
El Pastor responde: «Perverso animal!
Maldígate el Cielo, maldígate, amén;
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algún bien?»
Al diablo los doy
Tantos libros Lobos como corren hoy.

FÁBULA XXVI.

EL LEON Y EL ÁGUILA.

(Los que quieren hacer á dos partidos, suelen conseguir el desprecio de ambos.)

El Águila y el Leon
Gran conferencia tuvieron
Para arreglar entre sí
Ciertos puntos de gobierno.
Dió el Águila muchas quejas
Del murciélago, diciendo:
«¿Hasta cuándo este avechucho
Nos ha de traer revueltos?
Con mis pájaros se mezcla,
Dándose por uno de ellos;
Y alega varias razones,
Sobre todo la del vuelo.
Mas, si se le antoja, dice:
Hocico, y no pico, tengo.
¿Cómo ave quereis tratarme?
Pues cuadrúpedo me vuelvo.

Con mis vasallos murmura
De los brutos de tu imperio;
Y cuando con éstos vive,
Murmura también de aquéllos.
»— Está bien, dijo el Leon:
Yo te juro que en mis reinos
No éntre más.— Pues en los míos,
Respondió el Águila, ménos.»
Desde entonces solitario
Salir de noche le vemos;
Pues ni alados, ni patudos,
Quieren ya tal compañero.
Murciélagos literarios,
Que haceis á pluma y á pelo,
Si quereis vivir con todos,
Miraos en este espejo.

FÁBULA XXVII.

LA MONA.

(Hay trajes propios de algunas profesiones literarias, con los cuales aparentan muchos el talento que no tienen.)

Aunque se vista de seda
La Mona, Mona se queda.
El refran lo dice así;
Yo también lo diré aquí,
Y con eso lo verán
En fábula y en refran.
Un traje de colorines,
Como el de los matachines,
Cierta Mona se vistió;
Aunque más bien creo yo
Que su amo la vestiría,
Porque difícil sería
Que tela y sastrer encontrase.
El refran lo dice: pase.

Viéndose ya tan galana,
Saltó por una ventana
Al tejado de un vecino,
Y de allí tomó el camino
Para volverse á Tetuan.
Esto no dice el refran,
Pero lo dice una historia
De que apenas hay memoria.
Por ser el autor muy raro
(Y poner el hecho en claro
No le habrá costado poco).

El no supo, ni tampoco
He podido saber yo,
Si la Mona se embarcó,
Ó si rodeó tal vez
Por el istmo de Suez:
Lo que averiguado está
Es que por fin llegó allá.

Vióse la señora mia
En la amable compañía
De tanta mona desnuda;
Y cada cual la saluda
Como á un alto personaje,
Admirándose del traje,
Y suponiendo sería
Mucha la sabiduría,
Ingenio y tino mental
Del petimetre animal.

Opinan luego al instante,
Y *nemine discrepante*,
Que á la nueva compañera
La dirección se confiera
De cierta gran correría,
Con que buscar se debía
En aquel país tan vasto
La provision para el gasto
De toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropal)

La directora, marchando
Con las huestes de su mando,
Perdió, no sólo el camino,
Sino, lo que es más, el tino;
Y sus necias compañeras
Atravesaron laderas,
Bosques, valles, cerros, llanos,

Desiertos, rios, pantanos;
Y al cabo de la jornada
Ninguna dió palotada;
Y eso que en toda su vida
Hicieron otra salida
En que fuese el capitán
Más tieso ni más galán.
Por poco no queda mona
A vida con la intenciona;
Y vieron por experiencia
Que la ropa no da ciencia.
Pero, sin ir á Tetuan,
También acá se hallarán
Monos que, aunque se vistan de estudiantes,
Se han de quedar lo mismo que eran ántes.

FÁBULA XXVIII.

EL ASNO Y SU AMO.

(Quien escribe para el público, y no escribe bien, no debe fundar su disculpa en el mal gusto del vulgo.)

«Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio:
Yo le doy lo peor, que es lo que ataba.»
De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado poeta que lo oía,
Le respondió en los términos siguientes:

«Al humilde Jumento
Su dueño daba paja, y le decía:
Toma, pues que con eso estás contento.
Díjole tantas veces, que ya un día
Se enfadó el Asno, y replicó: Yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que sólo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me lo como.»
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano:
Pues si en dándole paja, come paja,
Siempre que la dan grano, come grano.

FÁBULA XXIX.

EL GOZQUE Y EL MACHO DE NORIA.

(Nadie emprenda obra superior á sus fuerzas.)

Bien habrá visto el lector,
En hostería ó convento,
Un artificioso invento
Para andar el asador.
Rueda de madera es
Con escalones, y un Perro,
Metido en aquel encierro,
Le da vueltas con los piés.
Parece que cierto Can,
Que la máquina movía,
Empezó á decir un día:
«Bien trabajo; y ¿qué me dan?
»¿Cómo sudo, ay infeliz!
Y al cabo, por grande exceso,
Me arrojarán algún hueso
Que sobre de esa perdiz.

«Con mucha incomodidad
Aquí la vida se pasa:
Me iré, no sólo de casa,
Mas también de la ciudad.»
Apénas le dieron suelta,
Huyendo con disimulo,
Llegó al campo, en donde un Mulo
A una noria daba vuelta,
Y no le hubo visto bien,
Cuando dijo: «¿Quién va allá?
Parece que por acá
Asamos carne también.
»— No aso carne, que agua saco
(El Macho le respondió).
— Eso también lo haré yo
(Saltó el Can), aunque estoy flaco.
«Como esa rueda es mayor,
Algo más trabajaré.
¿Tanto pesa?... Pues ¿y qué?

¿No ando la de mi asador?
»Me habrán de dar, sobre todo,
Más ración, tendré más gloria...»
Entonces el de la noria
Le interrumpió de este modo:
«Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador,
Que esta empresa es superior
A las fuerzas de un Gozquejo.»
¡Miren el Mulo bellaco,
Y qué bien le replicó!
Lo mismo he leído yo
En un tal Horacio Flacco,
Que á un autor da por gran yerro
Cargar con lo que despues
No podrá llevar: esto es,
Que no ande la noria el Perro.

FÁBULA XXX.

EL ERUDITO Y EL RATON.

(Hay casos en que es necesaria la crítica severa.)

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Raton, ¡raton maldito!
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.
Ni de un gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias é ingeniosas ratoneras,
O el rejugar en dulces confecciones,
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.

Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese á la estampa
Sus obras de elocuencia y poesía;
Y aquel bicho travieso,
Si ántes lo manuscrito le roía,
Mucho mejor roía ya lo impreso.

«¿Qué desgracia la mía!
(El literato exclama): ya estoy harto
De escribir para gente roedora;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no más habrá en mi cuarto,
Yo haré que este desórden se corrija....»
Pero sí; la traidora Sabandija,
Tan hecha á malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.

El Autor, aburrido,
Echa en la tinta dosis competente
De soliman molido:
Escribe (yo no sé si en prosa ó verso):
Devora, pues, el animal perverso,
Y revienta por fin.... «¿Feliz receta!
(Dijo entonces el crítico poeta):
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva.»

Bien hace quien su crítica modera;
Pero usarla conviene más severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razon arguye, ó mucho miedo.

FÁBULA XXXI.

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

(Algunos emplean en obras frívolas tanto afán como otros en las importantes.)

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazan,
Que dócil á espuela y rienda,
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compas,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:
«Señor mio,
De ese brío,
Ligereza